

La actitud de las sociedades ante la crisis

Nuevas encuestas confirman el optimismo endémico de **Estados Unidos** pese a la crisis

Sonría que algo queda

FRANCESC PEIRÓN
Nueva York. Corresponsal

El otro día, Ted Rall presentó en una librería neoyorquina su última novela ilustrada, *The year of loving dangerously*, un relato autobiográfico de juventud. Uno de sus lectores aprovechó para preguntarle cómo era tan productivo. Hubo un silencio.

—Porque me preocupa si mañana tendré algo para comer.

Rall, que cumple con el ideal del hombre hecho a sí mismo, se integra en la visión del presente que exhibe la ciudadanía. Las cosas van mal en el país más rico del mundo. El paro golpea fuerte, se alcanzan récords en el impago de hipotecas e incluso ayer se produjo una sorpresa por el descenso de once puntos respecto a la confianza en la económica.

Sin embargo, la confianza en un futuro mejor parece imbatible. Ni siquiera pueden con ella los peores datos de la *Gran Recesión*, como ha bautizado el Nobel Paul Krugman a este trienio negro. Así lo indican las últimas encuestas, en las que se mantiene el optimismo endémico que define a la sociedad estadounidense.

El historiador Jackson Lears se atreve a decir que es casi anti-americano no ser optimista. “Esta afirmación es muy cierta”, sus-

cuál de los diez peldaños de la escalera situarían a su país. La cota más alta se alcanzó en 1959, con un 6,7, en la era final de Eisenhower. La más baja, del 4,8, en 1974, con el Watergate. Hoy se queda en el cinco, aunque la esperanza es que en el 2015 sea cerca del sexto escalón.

“Las encuestas muestran que en Estados Unidos se tiende de forma extraordinaria al optimismo y esto ayuda a entender nuestras políticas”, asegura Jonathan Zimmerman, profesor de Historia de la Universidad de Nueva York y autor de varios títulos. “En estos momentos, en los que se oyen cosas negativas sobre los bancos o los ricos, resulta difícil encontrar un movimiento popular de denuncia. Y esto se debe a que millones de americanos se imaginan siendo ricos”.

Ante esta circunstancia, no resulta extraño que la escritora Barbara Ehrenreich considere que el pensamiento positivo conduce a “una sociedad sin crítica”. En su último libro, *How the relentless promotion of positive thinking has undermined America*, expresa la idea de que este tipo de ideología está detrás de muchos problemas que vive hoy el país. “Siempre se nos ha hablado de ser optimistas. Viene de lejos, aunque en el pasado siglo, las corporaciones empezaron a insistir a sus empleados en que habían de ser positivos y se convirtió en un requisito para su contratación. Debían amar su trabajo, no plantear dudas ni tener una visión negativa de su retribución”.

Ehrenreich utiliza la palabra *engaño* para definir esa promesa de “que uno se hará rico o se curará de una enfermedad grave por tener siempre una sonrisa”. Zimmerman acepta que esto es como vivir en una película, puesto que “no todos llegarán a ser millonario”. Este historiador insiste en que hay un punto aún más negativo. “El engaño más grave —precisa— pasa por la idea de que aquí se da una gran movilidad de clase. Que este es un lugar donde la gente puede cambiar rápido de estatus económico y social. Y no es cierto. Es muy poco común que personas con ingresos bajos lleguen arriba”.

Pero se plantea, ¿qué es verdadero o falso? En este caso, en el que matiza que no se ha de confundir optimismo y felicidad, no tiene mucho valor. “El pensamiento positivo es un mito. No juzgamos si los mitos son verdaderos o falsos, lo que importa es el sentido que otorgan a la vida de la gente. Dan un relato y esta narrativa ha tenido extraordinarias consecuencias, ha traído cosas positivas y negativas”. Esa visión de un futuro mejor arranca



LA INFLUENCIA

“Cuando los tiempos son difíciles, una sensación de esperanza ayuda”

EL ENGAÑO

“Lo negativo pasa por la idea de que en EE.UU. se cambia fácil de estatus social”

cribe Kevin Mattson, profesor en la Universidad de Ohio. “Aquí tenemos una tradición muy fuerte de pensamiento positivo, influido por el cristianismo. Nos fijamos menos en los pecados y más en la salvación. Cuando los tiempos son deprimentes, económica y políticamente, una sensación de esperanza ayuda a la gente a transitar por una época difícil”.

La semana pasada, *USA Today* publicó los resultados recientes de una encuesta realizada por Gallup. Dos años de tarea, a mil entrevistas diarias, para confirmar la tradición. En medio siglo, los sondeos de esta empresa han requerido en 16 ocasiones a los estadounidenses para que señalen en

en el origen. En que Estados Unidos sea una nación de inmigrantes, “fundada por gente que vino con la decisión de salir adelante”.

Su colega Kevin Mattson, para quien la Segunda Guerra Mundial marca diferencias con el Viejo Continente —“Europa quedó en pedazos y Estados Unidos ascendió al liderazgo mundial”—, coincide en la valoración de ese trazo. “En mi libro sobre el presidente Carter —agrega—, explico que la victoria de Reagan en 1980 se produjo, al menos en parte, porque este expresó su optimismo en el nacionalismo americano. La idea del pueblo elegido fue crucial para Reagan. Y, de nuevo, se demostró que es duro para un candidato ser crítico con Estados Unidos y lograr el éxito político”.

Ehrenreich da un consejo, no por evidente menos válido: “No se ha de ser optimista ni pesimista. Se ha de ser realista, entender lo que sucede y actuar”.

La mayoría de los estadounidenses es optimista con el futuro

RAZONES PARA SER OPTIMISTAS = 1%

La fuerza y voluntad del pueblo americano



Fuerza militar y seguridad nacional



Tecnología e innovación
Liderazgo del gobierno

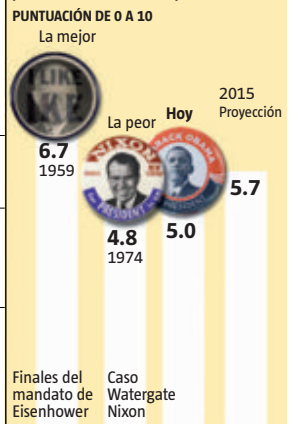


Libertad individual
El presidente Obama
La economía



Una época con un aprobado justo

En 50 años Gallup ha preguntado en 16 ocasiones a los estadounidenses la puntuación del momento que vivían



PUEDEN OPINAR SOBRE ESTA INFORMACIÓN EN LA WEB www.lavanguardia.es

FUENTE: Gallup

LA VANGUARDIA

LAS CIFRAS DEL ESTADO DE ÁNIMO DE LOS ESPAÑOLES

Futuro de inquietud

En el 2009, casi el 60% de los españoles expresó inquietud ante el futuro y sólo un 40% esperanza

Economía: lo peor pasó

En enero del 2009, menos del 10% creía que la situación mejoraría; ahora roza el 24%

Cada vez más felices

En 1987, sólo un 67% de los españoles se confesaban felices; en el 2004 ya eran un 75%, y hace un año la cifra superaba el 85%

Temor al extranjero

El 48% de españoles y un 45% de europeos asocia inseguridad a inmigración



BEATRIZ NAVARRO
ANXO LUGILDE

Bruselas / Santiago de Compostela

Los europeos llevan años afrontando a la defensiva los cambios económicos y políticos que la globalización ha supuesto en sus vidas. Sin haber destacado en el pasado por ser un continente excesivamente optimista, la crisis económica actual ha agudizado actitudes latentes en su ciudadanía de desconfianza hacia el futuro.

Mientras Estados Unidos "tiene la conciencia de que el futuro se puede ganar, Europa siempre ha sido más pesimista. Y ahora acumula el desasosiego generado por la parada del proceso de integración europea", opina Fernando Vallespín, ex presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas y catedrático de Ciencia Política de la Universidad Autó-

La mala situación económica de **Europa** y su pérdida de relevancia en el mundo refuerzan el pesimismo del Viejo Continente

La crisis agudiza el temor de los europeos al futuro

noma de Madrid. La salida a la crisis, añade, "se busca a través de los estados nacionales".

Aunque menos que hace unos meses, la mayoría de ciudadanos europeos se declara satisfecho o muy satisfecho con su vida personal (78%, según el Eurobarómetro publicado a finales del año pasado). Daneses, luxemburgueses, suecos, holandeses, finlandeses y británicos alcanzan niveles de satisfacción personal superiores al

90%, mientras los españoles se quedan por debajo de la media, en el 74%, junto a los países del Este, con menor renta disponible, e Italia (71%), que tradicionalmente se sitúa por debajo de la media europea pese a su riqueza.

La confianza en el futuro, en especial en la economía, es menor. El 54% de los ciudadanos de la UE cree que lo peor de la crisis, en el terreno laboral, está por llegar, frente a un 38% que afirma que ya se ha tocado fondo, según una encuesta reciente de la Comisión Europea. Este dato de confianza, o desconfianza, es algo mejor que en el que arrojaba la misma muestra en primavera.

La moral de los europeos decayó especialmente en otoño del año pasado y, en paralelo a los ligeros repuntes del crecimiento que se empezaban a registrar en varios países de la UE, parece que se empieza a levantar cabeza. Sin embargo, la crisis ha agrandado las diferencias en el nivel de vida del norte, por un lado, y del sur y el este de Europa por otro. El impacto ha sido muy pro-

fundo y la situación tardará en conducirse, advierte el último Eurobarómetro.

Ya antes de la crisis, sociólogos de distintas latitudes expresaban su preocupación por el pesimismo reinante en la sociedad europea. Incluso el Reino Unido se contagió, sostiene el investigador británico Roger Liddle, ex asesor

nes e italianos en sus actitudes ante la vida. "Ya había elementos de pesimismo social en Reino Unido antes de la crisis. Lo sorprendente es que estaban presentes incluso en años buenos económicamente como el 2005 o el 2007, en Francia, Alemania y Reino Unido", explica Liddle desde el think tank Policy Network, de Londres. Aunque la satisfacción con la vida personal era alta, ya se miraba al futuro con mayor aprensión, señala, debido a los problemas para adaptarse a los cambios derivados de la globalización, la inmigración... "Cuando cae la economía, obviamente esas preocupaciones se acentúan", concluye Liddle.

Vallespín destaca la "novedosa situación histórica" en que se encuentra Europa: "Ya no cree en la idea de progreso, sino que lucha para tratar de mantener lo que tiene, que es una posición de privilegio en el mundo, la mejor junto a la de Estados Unidos", observa. La pérdida de relevancia europea en la economía mundial "se veía muy claramente antes de la crisis, cuando Europa crecía al 2% y China acumulaba años con tasas del 8% y del 10%", apunta José Ignacio Torreblanca, director de la oficina de Madrid del Consejo Europeo de Relaciones Internacionales y profesor de Ciencia Política en la UNED. "Pero -añade- ha sido ahora cuando se ha producido la constatación de la pérdida de posiciones frente a otras potencias emergentes, al igual que le pasa a EE.UU.. La crisis agrava esa percepción". ●

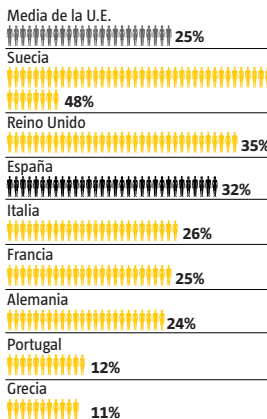
El 54% de los europeos creía, a finales del 2009, que lo peor de la crisis en el terreno laboral estaba por llegar

de Tony Blair y Durão Barroso. "Por una vez hay una visión del futuro de Europa que los británicos comparten", ironizaba Liddle en un estudio publicado en el 2008, refiriéndose al "pesimismo social europeo".

Según Liddle, entonces los británicos empezaban a parecerse más y más a los franceses, alema-



Un 25% de los europeos cree que los próximos 12 meses serán mejores



FUENTE: Special Eurobarometer

El 2009 ha sido el año con mayor número de pesimistas

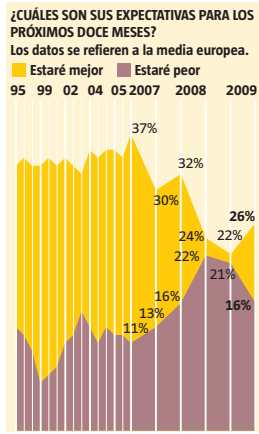


Ilustración: Oriol Malet / LA VANGUARDIA

La ira de la incertidumbre

ANÁLISIS

Carles Castro



La vieja Europa es algo más que una frase despectiva pronunciada por un halcón de la geopolítica; es, sobre todo, una realidad demográfica que afecta inexorablemente al estado anímico de todo un continente. En definitiva: Europa se ha hecho mayor y parece inevitablemente los síntomas de ese tránsito siempre complicado hacia la fragilidad. El denominado europesimismo fue sólo un anticipo de esa crisis de la madurez que ha llevado a los europeos a atormentarse fatigosamente con las eternas preguntas: ¿quiénes somos, adónde vamos... Y para acabar de complicar las cosas, el mundo ha empezado a cambiar a una velocidad vertiginosa. De pronto, las certezas sobre el futuro han comenzado a derrumbarse. Y no es sólo la cíclica crisis económica. El vértigo procede de unos cambios de más largo alcance. Uno de ellos, sin duda, es la constatación de que el sólido Estado del bienestar -con las

pensiones como principal emblema de la protección social- empieza a tambalearse. Y el otro gran cambio es el que afecta al paisaje humano. La Europa de piel blanca de la primera mitad del siglo XX es ya sólo un pálido recuerdo; el continente se ha llenado de millones de personas procedentes de otros mundos, con todo lo que eso supone. Catalunya, por ejemplo, ha pasado de tener unos pocos miles de inmigrantes a comienzos de los noventa a más de un millón en la actualidad. ¿Cómo se digiere semejante avenida? ¿Cómo afecta a la identidad colectiva? Sin olvidar que en algunos países europeos la promesa de la integración se ha convertido en una peligrosa bomba social de relojería, compuesta de jóvenes inaprovechables que canalizan su fracaso quemando coches ante la mirada entre atónita y espantada de la gente de orden.

Así pues, el cóctel no puede ser más explosivo: una sociedad envejecida y cautelosa, la clase media europea, se enfrenta a un escenario de cambios acelerados. Una sociedad que, además, no está acostumbrada a vivir en un estado de

perpetua transformación e incertidumbre. Y esa es la gran diferencia con Estados Unidos, una nación marcada por el simplismo resolutivo de quienes conquistaron el Oeste frente a unos indios que "no estaban dispuestos a adaptarse a los cambios". El contraste con la vieja Europa no puede ser mayor. Desde una cierta ingenuidad, el ciudadano del imperio tiene perfectamente asumido que el futuro se escribe cada día y que la incertidumbre cotidiana -en el trabajo o en la propia vida- son la norma fundacional. Por eso, la selva americana, con sus elevados índices de criminalidad y de población carcelaria, su marginalidad a pie de calle y sus millones de pobres abandonados a su suerte, puede mirar paradójicamente con más optimismo el futuro que la desconcertada sociedad europea, desbordada por las mutaciones locales que supone la globalización. Y la paradoja es acentuada porque en el plano individual la vida es bella en la vieja Europa. No en vano, una amplia mayoría de europeos se confiesan felices. Pero quizás piensen que esa felicidad no puede durar.